La creación del hielo

En un principio, la Tierra era muy caliente porque el Sol la calentaba y no le importaba que estuviera tan ardiente. Los humanos y los animales morían por las altas temperaturas terrestres. El agua, al ver cómo sufrían, les quiso ayudar. Ella le pidió ayuda al viento para lograr llevar a cabo su plan.

Su plan era enfriar a los humanos y animales y que el Sol se percatara. En ese momento, el Sol, al ver que estaban ayudando a los humanos y animales, intentaría evaporar al agua. Cuando el agua se evaporara por completo, y ya fuera una nube, el viento la empujaría hasta la cueva del frío. La cueva del frío estaba situada en lo alto de la montaña Uirichoco, la montaña más alta del mundo. Entonces, cuando llegaran a la cueva, el agua se condensaría y se congelaría hasta convertirse en hielo. Luego, el hielo se subiría en la espalda del viento y él llevaría al hielo a los humanos y animales para que ellos pudieran enfriarse.

Después de planear todo ya era el momento de llevar a cabo su plan. El agua y el viento viajaron por dos junglas de plantas secas, a través de una cordillera de montañas con piedras rojas por el calor, hasta que por fin llegaron al desierto. A los dos les dio pena ver a los humanos y animales sufrir por las altas temperaturas. Los dos enfriaron un poco a los humanos y animales, pero el Sol evaporó al agua, que en ese momento era ya una nube.

El Sol no quería que enfriaran ni a los humanos ni tampoco a ningún ser vivo o muerto. Cuando era una estrellita, había sido maltratado por su familia. Sus padres, sus tíos y sus abuelos le tiraban piedras y asteroides por pura diversión. Él, por la enseñanza que tuvo de su familia, calentaba y mataba a los habitantes de la Tierra por diversión y no quería que nadie se lo evitase.

El agua, que en ese momento era una nube, estaba siendo empujada por el viento. El viento la empujaba a la cueva del frío. Allí, ni el sol se atrevía a entrar por el frío que hacía, porque si se acercaba mucho, el frío lo acabaría extinguiendo.

El camino a la montaña donde yacía la cueva fue largo y los dos cruzaron por desiertos de arena, viendo gente y animales sufrir por el calor. También pasaron por lo que antes eran junglas, ya que ahora eran plantas secas y muertas. En ese momento, luego de varias semanas y meses de viaje, llegaron a lugares donde no había ningún ser vivo o muerto. Ellos sabían que el Sol nunca iba a esa parte del planeta, porque lo único que le gustaba hacer era quemar hasta matar a cualquier cosa que tenga vida y, en esa parte, no había nadie ni un animal ni ninguna persona. Por ese motivo ese lugar era frío, pero no lo suficiente para congelar a el agua para que se convirtiese en hielo.

Hasta ese momento su plan había salido bien, todo menos una cosa, el Sol los estaba siguiendo. Eso era bueno para los humanos y animales, porque si el Sol no estaba cerca, iba a haber menos calor, como las noches de hoy en día. Pero, si el Sol detenía al agua, o en ese momento a la nube, y al viento, el Sol iba a volver y nunca podrían evitar el calor. En cambio, si el agua y el viento lograban llevar a cabo su plan, podrían enfriar a los humanos y animales, y ellos podrían vivir.

El viento estaba cada vez más cansado y los dos (el agua y el viento) decidieron descansar. En el tiempo que duró el descanso, el Sol se fue acercando sin que ellos lo supieran. El Sol no sabía qué estaban haciendo, pero sí sabía que el agua quería ayudar a los seres vivos y por eso la odiaba y quería deshacerse de ella. Pero, además él los seguía por curiosidad y, como dice el dicho: la curiosidad mató al gato.

Los dos compañeros, el agua y el viento, siguieron su camino hasta llegar a una planicie muy extensa de piedra. Antes de realizar este viaje tan arriesgado, el agua visitó la cueva de los cristales. Había ido allí porque en ese lugar se encontraban los cristales del inicio que eran unas piedras preciosas y semipreciosas que existían desde los comienzos del planeta y eran los más sabios que existían.

Ellos le dijeron al agua que, para llegar a la montaña Uirichoco donde yacía la cueva del frío, debía ir desde "el desierto de los seres vivos" (era así como ellos llamaban al desierto donde el Sol maltrataba a los pobres animales y humanos), todo hacia el norte. Cuando lleguen al valle de los muertos, dijeron: vayan rumbo al oeste hasta ver montañas rojas. Si llegas a este punto, sigue al norte hasta que la imponente figura de las montañas de la cordillera de los Huacuchos sea visible. Si logras llegar allí, sigue en dirección a la montaña más alta. El agua agradeció a los cristales que hablaban al unísono y se despidió de ellos, no sin antes escuchar que, si llegaba a una planicie de piedra, retrocediera por donde había venido y regrese al valle de los muertos y repita las instrucciones de nuevo.

El agua o la nube, como quieran decirle, recordó las palabras de los sabios cristales al llegar a la planicie de piedra. Ella le dijo al viento que tenían que retroceder hasta el valle donde habían visto esqueletos de personas y animales. Al viento no le gustó nada eso, pero le hizo caso al agua de mala gana.

Mientras regresaban, a lo lejos vieron al Sol y entonces comprendieron que el Sol los había estado siguiendo todo el tiempo. Tenían que pensar en un plan y rápidamente. El viento le dijo a la nube que intentara condensarse un poco para que el agua que cayera haga que el Sol se confunda. El viento quería que el Sol pensase que esa era toda el agua y que se demorara evaporando al agua, así ellos podrían escapar sin que él se diera cuenta.

La nube escuchó al viento y le pareció una buena idea. De pronto, la nube empezó a oscurecerse y cayeron poco a poco gotas de agua. Lentamente las gotas de lluvia fueron formando un gran charco. El viento, al ver el gran charco de agua, se puso feliz y supuso que se iban a escapar.

Cuando el Sol estaba cerca, el viento empujó a la nube fuera de la vista del Sol. En el instante que el Sol vio al lago que se había formado con la lluvia, tuvo el razonamiento de que el viento había abandonado al agua y que ella se había quedado allí. Sin pensárselo dos veces, él evaporó al laguito.

Al ver eso, el viento sopló sobre la nube para alejarla del campo de vista del Sol. El plan del viento para escapar del Sol había salido bien hasta ese punto. Todo menos una cosa, el Sol los seguía desde no muy lejos.

El viento dirigió a la nube hacia el valle de los muertos y luego siguieron al oeste. Allí vieron unas montañas rojas y fueron en dirección al norte hasta ver a la cordillera de los Huacuchos y lograron ver la montaña Uirichoco. Habían llegado por fin a su destino.

Los dos subieron a la montaña donde estaba situada la cueva del frío. Cada vez que subían, la temperatura bajaba. Cuando llegaron, el viento le dijo a la nube que intentara condensarse para que el agua que cayese se congelara y poder llevar el hielo a los humanos y animales.

La nube empezó a ennegrecerse y, cuando el agua que caía tocaba el suelo, se congelaba instantáneamente. En el instante que toda el agua se había congelado, el viento le mencionó que se subiera en él. Al escuchar esto, el hielo obedeció y se subió a la espalda del viento y los dos fueron hacia el "desierto de los seres vivos".

El Sol, por su parte, dedujo que los dos seguían en la cueva porque no los había visto salir. Él supuso que, como no salían, debía ser porque el frío en la cueva no era tan fuerte y todavía toda el agua no se había congelado. Luego de ese razonamiento, el Sol se confió y se acercó a la montaña Uirichoco.

Mientras el Sol se acercaba a la montaña pensó que con todo su calor podría derretir la montaña con el agua y el viento dentro y así deshacerse de ellos. El Sol intentó calentar la montaña, pero no pasó nada. Él intentó con todas sus fuerzas, pero tampoco hubo cambios en la formación de la montaña. También intentó acercarse un poco más, pero el frío de la montaña era fuerte.

El Sol se acercó mucho más a la montaña y esta empezó a enrojecerse por el calor. Él, al ver su logro, se acercó cada vez más para que el calor pudiera derretir la montaña. Mientras veía derretirse poco a la montaña, el Sol se excitó mucho y se siguió acercando. Una muy mala idea…

El frío, poco a poco pero constantemente, estaba extinguiendo al Sol sin que él se diera cuenta de que su tamaño se reducía. Cuando terminó de derretir la montaña se dio cuenta de que su tamaño era menor y se enfureció tanto que derritió todas las montañas de la cordillera en pocos segundos.

El Sol por lo menos imaginó que ya se había deshecho del agua y el viento. Con ese pensamiento en mente regresó al "desierto de los seres vivos". Se llevó una gran sorpresa al descubrir que el agua y el viento estaban allí y no muertos en los restos de la montaña Uirichoco. Con vergüenza de que lo vieran así de pequeño, el Sol se alejó un poco de la Tierra para que pareciera más grande de lo que era.

Con el tamaño del Sol reducido, también se redujo el calor en la Tierra y se necesitó el hielo para poder vivir. El viaje del agua y el viento había salido bien, pero no de la forma que esperaban que acabase. Al final salvaron a los humanos y animales, pero de una forma muy distinta de como lo habían planeado.

Diego Mélinchon Suárez
Quinto de Primaria